

Bilbao: aspectos de una transformación icónica

Dr. Josu Bilbao Fullaondo

Profesor titular de la Universidad del País Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea

La imagen de la ciudad cambia con el curso de los años. En estos últimos años del s. XX han sido abundantes los cambios y adaptaciones que ha tenido la imagen de Bilbao, lo cual podemos ver claramente en las revistas, así como en muchas publicaciones de libros fotográficos, y en opinión de numerosos escritores.

Hiriaren itxura urteekin batera aldatzen da. XX. mendearen azken urteotan Bilboren irudiak izan dituen aldaketak eta moldaketak ugariak izan dira eta hori argi eta garbi ikus dezakegu aldizkarietan, bai Eta argazki-liburuen argitalpen askotan eta idazle ugariaren esanetan ere.

The image of the city changes over the course of the years. The final years of the XX century have seen abundant changes and adaptations in the image of Bilbao, which we can see clearly reflected in the magazines, as well as in many photographic publications and in the opinion of numerous writers.

Para empezar

El aspecto de una ciudad se transforma según transcurren los años. No afecta tanto a la topografía como a la estructura de sus edificios, calles y personas que se modelan según las nuevas necesidades que van surgiendo. Así, cada generación conforma espacios diferentes para la convivencia en el sentido físico, intelectual y temporal. Una de las formas más plausibles de constatar estos cambios es a través de los grabados y fotografías que han ido apareciendo en el transcurso de los años, de manera más o menos profusa, en distintos libros y publicaciones

En el aspecto referido, a mediados del siglo XIX la *Guía de Bilbao y conductor del viajero en Vizcaya*. Publicada en 1846 por el editor local Adolfo Depont, se trataba de un pequeño folleto con una serie de grabados que destacaban los aspectos más relevantes del lugar. Se iniciaba con una diligencia tirada por cuatro potentes caballos y unas casas al fondo. Desde allí se daba paso a una Ría difícil de reconocer que terminaba identificándose por su puente colgante, destruido años después durante los bombardeos del Sitio de Bilbao, el de la canción popular: “no hay en el mundo puente colgante más elegante”. En el capítulo dedicado a los paseos públicos, Los Caños era uno de los recorridos más representativos. El lugar aparecía envuelto por una maraña de plantas y árboles que sugerían cierta sensación de misterio. Con suficiente energía para agitar la imaginación, traen a la mente algunas de las más intensas leyendas vascas relacionadas con el mito del “baso jaun” o el de las seductoras “lamiak” merodeando con sus espejos en las orillas del río. El denominador común de las imágenes de todos aquellos lugares que se mostraban radicaba en una intensa carga de sensibilidad romántica. Con todo ello, el anónimo autor rememoraba la fantasía de un mundo idílico, en todos casos inalcanzable, donde ponía de manifiesto una necesidad personal de serenidad interior, aspectos coincidentes con los criterios dominantes en la literatura de la época¹.

Con la llegada del nuevo siglo el uso de la fotografía se generalizó. Los avances de los sistemas de imprenta permitían su reproducción de manera masiva. A pesar de esta euforia técnica, salvo las imágenes que pueden hallarse en los periódicos de la época, especialmente en el suplemento semanal ilustrado del diario “El Nervión”, a la venta desde 1907 hasta 1915, no ha sido posible localizar recopilaciones gráficas de Bilbao y sus alrededores². La excepción quizás la podamos encontrar en algunas colecciones de carácter privado que son motivo de publicación hoy día³.

¹ (Anónimo). *Guía de Bilbao y conductor del viajero en Vizcaya*. Editor Adolfo Depont, Bilbao 1846.

² *El Nervión. Edición especial ilustrada*. De periodicidad semanal se publicó entre el 1 de septiembre de 1907 y el 25 de junio de 1915.

³ Tenemos la colección anónima salvada de su destrucción por Rosario Jauregui y recopilada en catálogo por el Museo de Bellas Artes de Bilbao en 1985 bajo el título *Bilbao a fines del XIX*. Otro legado fotográfico de gran valor es el de Eulalia de Abaitua que viene publicando en diferentes entregas el Museo arqueológico, Etnográfico e Histórico Vasco desde 1992.

En 1934, salió *Bizkaiko beguiragarria- Lo admirable de Vizcaya* un libro con un recorrido fotográfico por la mayor parte de los pueblos de la provincia donde se incluía también la capital. Su autor, Luis Torcida, propietario de la renombrada galería Lux, resolvió estos reflejos con un marcado tinte pictorialista. Muy a la moda en aquel entonces, se realizaba más el valor plástico de las imágenes que su propio contenido. Era un ensayo que trasladaba con más tesón una defensa de la fotografía como arte que una detallada descripción icónica de los aspectos más relevantes de un lugar⁴.

Algunos años más tarde apareció el volumen de Cándido Fullaondo sobre *La ría de Bilbao*. En este libro se sigue la del río Nervión desde su nacimiento hasta su desembocadura en el mar. De manera obligada se detiene en Bilbao de donde ofrece numerosas vistas. Son imágenes repletas de contrastes armoniosos. Llenan de matices descriptivos ligados al reportaje documental y ofrecen matices serenos de la vida en una pequeña ciudad industrial. Son testimonios paisajísticos donde parece pesar más la intención informativa, aséptica, que la expresión de sentimientos personales. Es una contribución donde se evidencian las primeras transformaciones concretas de la villa y su entorno que, por su carácter ilustrativo, sirven como referencia eficaz para el contraste entre etapas anteriores y posteriores. Es la intersección de los grandes cambios que va a sufrir la metrópoli bilbaína en su fisonomía fotográfica⁵.

Imágenes en transición

Sin duda alguna los últimos veinte años de este siglo XX han sido los más prolíficos en manifestar los cambios y transformaciones que se han dado en el retrato de Bilbao. Quizás, los diez últimos, sean los que más lo han puesto en evidencia, pero ante el porche de los años ochenta es cuando inicia el proceso más intenso en esta modificación fisonómica de la ciudad que ha sido constatado de manera exultante por un número importante de autores, revistas y libros fotográficos.

En primer lugar nos encontramos con *Bilbao en color*⁶. Se publicó en 1978. Su portada muestra una vista aérea de la parte vieja de la ciudad donde la catedral, dedicada al apóstol Santiago, es el centro óptico de la imagen. Las Siete Calles quedan perfectamente delineadas. Todo este conjunto histórico se deja envolver por el pronunciado meandro de una Ría de color chocolate

⁴ TORCIDA, L.: *Bizkaiko beguiragarria. Lo admirable de Vizcaya*. Edita Foto y Huecograbado Arte, Bilbao 1934.

⁵ FULLAONDO, Cándido: *La Ría de Bilbao. Aspectos fotográficos*. Ediciones de la Librería Arturo. Bilbao, 1966.

⁶ CIMAS, Enrique (Texto), RUIZ, Juan M., ASTIZ, Miguel A., FOAT, Ciganovic, Archivo Everest (Fotografías): *Bilbao en Color*. Editorial Everest. León, 1978.

que en su discurrir llega hasta el paseo del Arenal, cuyos árboles se han desprendido de sus hojas. Después de girar suavemente ante el edificio del Consistorio Municipal un corte brusco deja a la mirada intuir el largo trecho que aún queda hasta su afluencia con el mar.

Las cerca de setenta fotografías que conforman esta publicación no mantienen la estructura de un relato gráfico de forma coherente. Suben y bajan como la marea, pero sin tiempos contrastados. No llegan a establecer un hilo conductor definido. En su desorden, alivian un texto que describe a grandes rasgos aspectos históricos y folklóricos. Sostienen un tono cromático que no termina de saturar los colores y nos traen el recuerdo de una ciudad apagada. Las gabarras todavía llegan para descargar hasta los muelles de Ripa donde quedan amarradas a los norayes de los muelles, el arco, todavía levadizo, del puente del Ayuntamiento deja ver dos pequeñas embarcaciones de pesca varadas sobre el barro en la marea baja y varios barcos de cabotaje son descargados por grúas cuyas plumas desafían orgullosas al cielo.

A la reproducción de la Carta-Puebla sellada por Fernando IV, testimonio del momento fundacional de la villa, le sigue un plano cerrado sobre la estatua del primer regidor que abre la Gran Vía. En esta arteria principal la circulación es fluida. Con su pintoresco casco blanco, un guardia ordena el tráfico y, como si fuera símbolo de un momento de transición entre dos fisonomías urbanas, un trolebús de dos pisos se cruza con un autobús de una sola planta, nuevo diseño para el transporte de pasajeros, estacionado frente a la flamante y recién estrenada sede del Banco de Vizcaya. De esta forma van desfilando ante la retina la autovía de La Salve con la Ciudad Jardín y Archanda al fondo o el gasolino que une las orillas del Nervión y acusa de un importante déficit de puentes.

Desde el aire, una panorámica de la desembocadura del Abra descubre el contraste entre margen izquierda y margen derecha. Por un lado las abigarradas construcciones de Sestao, Portugaete y Santurce, de tono ferruginoso, se acompañan por un inmenso colmado de talleres, astilleros, hornos para la colada del hierro y un puerto que quiere crecer con el nuevo dique de contención que surge desde Punta Lucero. Enfrente, sin otro nexo de unión que un inapreciable puente de metálico, la zona residencial de Las Arenas y Neguri, despejada de industria y rodeada de un verde descampado.

El recorrido icónico vuelve al centro de la ciudad. Sigue por el Casco Antiguo del que aparecen vistas generales de las calles Bidebarrieta y Correo, todavía sin peatonalizar los transeúntes esquivan los coches aparcados para cruzar entre aceras. El detalle del portal donde nació Miguel de Unamuno todavía cobija el taller de un pequeño artesano. En este barrio aparecen las únicas tomas en blanco y negro, recurso no intencionado de significar el pasado. Muestran la efigie de la Virgen de Begoña, patrona de la provincia, y al pie de su hornacina, ubicada en una de las paredes del que fue edificio de la Bolsa, un grupo de personas entonando la "Salve de los chiquiteros". Otra de

ellas recompone el emblemático “Tilo del Arenal”, enmarcado por uno de los arcos del soportal de la iglesia de San Nicolás.

Los monumentos a Casilda de Iturriza, en el parque de su nombre, o el de Antonio Trueba en los jardines de Albia, son preámbulo de una serie de imágenes sobre edificios emblemáticos. Entre ellos no falta el Museo de Bellas Artes, el teatro Arriaga con su añadido de miradores hoy ya desaparecido, la Universidad de los jesuitas, la Catedral y algunos de sus detalles interiores. El palacio de la Diputación Foral o el de Chavarri en la Plaza Elíptica son otros ejemplos de una serie de fotografías que no han requerido especial esfuerzo compositivo y, con cierto aire de añoranza, recuerdan las postales que descansaban en las estanterías móviles de los kioscos de prensa.

Una vista de pájaro en su afán descriptivo deja ver de un solo impacto la Feria de Muestras, el campo de San Mamés, el hospital de Basurto, la Escuela de Ingenieros y una avenida del ferrocarril en fase de construcción. En las gradas del astillero Euskalduna se trabaja sobre el casco de un nuevo barco. Las cucharas de las grúas llenan en los muelles del canal las bodegas de un carguero. Un cocinero preparando un buffet o una partida al mus en el rincón de una taberna completan un recorrido que termina en el mismo lugar donde empezó: en El Arenal. Un circuito en redondo, al igual que un crómlech, como si de un saludo vasco se tratase: “agur” a la llegada y “agur” en la despedida. La excursión fotográfica, con sus amplias miras, resulta un tanto fría, opaca, hecha a base de pinceladas sueltas que ofrecen la idea de una ciudad monótona, estancada en su pasado reciente y solo algunos pequeños detalles insinúan timidamente futuras transformaciones.

Diez años más tarde, en 1989, una nueva visión fotográfica se materializa en el libro: *Bilbao, Un día/Egun batez*⁷. Es un equipo de diez y ocho personas quienes se encarga de llevarlo a cabo. La mayor parte son reporteros gráficos que ejercen en la ciudad. La idea, si bien tiene un tratamiento particular, recuerda a *Un día en la vida de España* un volumen, realizado dos años antes, donde la capital vizcaína quedaba representada por una imagen de un Altos Hornos próximo a desmantelarse, por la policromática cristalera de la estación de Renfe en Abando y un punky observado por unos jubilados cuando pasa ante la entrada principal del mercado de la Ribera. Sin duda una representación muy corta, sesgada y próxima a “la marcha” posmodernista de quienes dirigieron aquella empresa, pero eso fue lo que en definitiva transmitieron al mundo entero⁸.

⁷ MERINO, Jose Luis (Textos); GARROTE, Aurelio (Diseño); BILBAO FULLAONDO, Josu y ESPARZA, Ramón (Dirección fotográfica); ALDAY, Alfredo, ALONSO, Domi, BERRUEZO, Txetxu, COBO, Patxi, FERNANDEZ, J.I., FERNANDEZ, Txema, GARCIA Imanol, GARCIA, Luis Alberto, MIRANDA, J.A., Nocito, J.L., RASO, Fidel, RUIZ DE AZUA, Angel y ZARRABEITIA, Roberto (Fotografías): *Bilbao, Un día/ Egun Batez*. Ayuntamiento de Bilbao (Area de Cultura y Turismo). Bilbao 1989.

⁸ AAVV: *Un día en la vida de España*. Edi. Planeta. Barcelona, 1987.

Ahora es el Ayuntamiento quien impulsa la iniciativa y se descubre la villa con criterios más amplios. Se amanece en la ciudad y no se la deja hasta que la noche deja sitio a los servicios de limpieza. Se trata de ofrecer una imagen amable para un núcleo urbano que no puede ocultar sus crispaciones. Es un recorrido peatonal con un marcado talante humanista cómplice del propio estilo de sus autores, claramente influidos desde el documento social. La mirada astuta de estos profesionales, con sus particularidades y criterios estéticos, parece descubrir un nuevo recinto de convivencia, algo que los propios habitantes en su ajetreo cotidiano no se han parado a observar con sosiego.

Un renovado Teatro Arriaga, preámbulo del Bilbao que viene, llama desde la portada a la lectura del libro y se convierte, visto desde los cristales rotos de la terminal de trenes que van para Santander, con su iluminación de gala nocturna, en símbolo para una nueva tarjeta de presentación. En páginas interiores, tomada desde un globo aerostático, una vista panorámica abarca toda la urbe. Luego, cerrando el ángulo del visor llegan a los detalles. Son imágenes vivas cuyo contenido no olvida la composición ni el diseño. A pie, con el sigilo y la discreción de unos fotógrafos que saben respetar lo que observan, se van haciendo las tomas. Despunta el día y desde las laderas del Pagasarri se baja al centro. Los ferrocarriles de cercanías descargan los pasajeros. Llegan las calles, las jóvenes se protegen de la lluvia con un paraguas. Los transeúntes se detienen ante los escaparates de los comercios. La Plaza Nueva luce puestos de flores.

El puente de Deusto con sus hojas levantadas deja pasar a un barco. La Ria, que busca un tono verdoso, enseña sus múltiples facetas. No faltan los obreros, la colada de hierro, las chimeneas, “el bote” y sus pasajeros, los bogadores, un niño intenta pescar con su caña y hasta los bañistas toman el sol sobre el espigón de la dársena Benedicta. De vuelta a la Casa Consistorial se entra en las siete calles, entre cantones y vericuetos aparece el calor del artesano: zapatero remendón, barbero, soplador de vidrio o relojero. No pasan desapercibidas las pequeñas tiendas de ultramarinos, el corrillo de la Bolsa, ni una empresa recién informatizada y, con la hora del “poteo”, llega la comida. Las manos del cocinero sostienen un plato de bacalao: al “pil-pil” y la vizcaína, las dos juntas.

La sobremesa llega con cierto sosiego en los salones de la Sociedad Bilbaína y con tiempo suficiente para observar la variada arquitectura construida en la ciudad. Cuando cede la tarde llega de nuevo la actividad, más sosegada. La visita al museo, niños con sus padres en las terrazas, el parque, tiempo para leer, los fervorosos visitan el templo de la “reina de Vizcaya”. Queda espacio para asistir a un concierto o hurgar en los camerinos del teatro. No falta la afición futbolística, eso sí, moderada en su expresión. El crepúsculo con sus tonos cálidos y violáceos ofrece una atmosfera mágica que recoge estelas de focos y farolas sobre el Nervión. Ha llegado la hora de la fiesta nocturna donde todo resulta exquisito y sugerente. Las calles vacías y el emblemático San Antón con su puente en penumbra cierran las páginas del libro.

En su conjunto, son imágenes generosas, cargadas de ternura, que se agradecen ver. Un trabajo que deja a un lado situaciones crispadas, olvida por un momento la amarga actividad de los grupos violentos y el desmantelamiento de una industria obsoleta que ahorra en mano de obra destinada al paro.

Paisajes renovados

Tras un breve tiempo de estancamiento los años noventa son para Bilbao un década de renovación paisajística. En el marco urbano-fluvial de la ciudad van apareciendo nuevos elementos de interés. Contrastan con la aspereza de un recalcitrante estilo inglés, heredero de una tradición caduca, y una sociedad que ha crecido en el desorden de la herencia franquista. Se desmantelan los restos de la infraestructura naval y portuaria que parecen ser detonadores del pistoletazo de salida hacia la conformación de otras formas. Las entrañas de la ciudad se dejan atravesar por el metro y sus bocas traslúcidas aparecen en las aceras buscando viajeros. Las nuevas construcciones llevan la firma de arquitectos vanguardistas con reconocido prestigio internacional. Surgen nuevos puentes y edificios. Entre todos el Museo Guggenheim se revela como la auténtica estrella, nace con el carisma de un nuevo mito. Todas estas novedades van a ser a partir de su inauguración, e incluso antes, blanco prioritario de los objetivos fotográficos. Son los nuevos símbolos de la Villa fundada en 1300 por un riojano: Don Diego López de Haro.

Todavía en 1994 el libro *Bilbo-Bilbao*, con vocación antropológica y enciclopédica, a pesar de su gran despliegue de bellas imágenes no llega a todos los cambios que se están produciendo⁹. Hay que esperar a 1997 para que las empresas editoriales empiecen a dar cuenta de las nuevas facetas con cierta intensidad. La agilidad de las revistas llega primero. El domingo 1 junio, *El País Semanal* dedica su portada y un amplio reportaje a: "Bilbao, el renacimiento de una ciudad"¹⁰. Son los primeros síntomas de la mudanza. Las nuevas estaciones del metro de Norman Foster no pueden estar ausentes. No obstante, el peso de la imagen recae sobre la compleja mole de titanio diseñada por Frank Gehry dedicada a museo. Son tantos y tan variados sus ángulos de visión que las posibilidades de plasmación son innumerables. Su predominio llega a enmascarar lo que fueron símbolos del pasado e, incluso, el resto de novedades fisonómicas que se erigen en la ciudad. El impacto de esta monumental pieza arquitectónica se va a convertir en un fenómeno recurrente para un sin fin de publicaciones.

⁹ AAVV: *Bilbo- Bilbao*. Edi. Sendoa. San Sebastián, 1994.

¹⁰ JUARISTI, Jon, NAVIA, Jose Manuel (Fotografía): *Bilbao. La metamorfosis de una ciudad*. El País Semanal, N°1.079, 1-6-1997.

No ha terminado el año cuando sale de la imprenta *Caosmos*. Es una visión muy personalizada de Aitor Ortiz. Una búsqueda caótica entre las contradicciones que genera la renovación de la imagen urbana. Las composiciones se mueven entre picados, contrapicados, y planos arriesgados resueltos con firmeza. Son imágenes que zigzaguean en lo que es la nueva esencia de Bilbao y el pasado. Un centro industrial que crece, se desarrolla, se transforma y, sin morir del todo, vuelve a nacer. Bajo una fórmula complicada, el trabajo de este joven autor es relevante y abre caminos en la búsqueda fotográfica¹¹.

En 1998 son tres los libros fotográficos que se publican. También las revistas *Geo* y *Península* dedican números especiales a el panorama icónico que germina en Bilbao desde las entrañas, sobre los escombros, de una apocalipsis siderúrgica. De las cinco publicaciones, todas menos una presentan al Museo Guggenheim en portada.

La editorial Everest remoja completamente la guía que publicó veinte años atrás. Ahora sencillamente la titula *Bilbao*. Es una amplia crónica gráfica donde, en contraste con la anterior, los aspectos técnicos y de diseño se resuelven de manera correcta. Atrás ha quedado el recurso exagerado de vistas aéreas y las tomas cierran su grado de cobertura para llevar más cerca el impacto de la imagen a los lectores. Son fotografías austeras, muy formales en su estilo que, además de hacer el recorrido de la ciudad de siempre y, sin excesiva alharaca, pone de manifiesto la metamorfosis producida¹².

Otra de las ofertas editoriales, también bajo el título *Bilbao*, a secas, surge por iniciativa de Edyfoat¹³. Las fotografías que presentan no llevan la firma de su autor y van acompañando a un texto que reparte la visita a la ciudad durante los siete días de una semana. La maquetación resulta excesivamente austera y recuerda a la de un catálogo de empresa. Con gran apoyo en tomas cenitales (sobrepasan el 40% del total), nos pone delante de un Bilbao frío, donde predominan las formas geométricas. En ocasiones recuerda a un ejercicio de delineación. Un mapa geográfico para el que la figura humana pasa desapercibida. Desde la distancia y las alturas, los ciudadanos parecen no existir ni cuando el ave finaliza su vuelo. Las fotos están realizadas desde la máxima pulcritud técnica, como si el operador hubiera sido un robot. Son postales de edificios y construcciones bajo luces intensas y ambientes nítidos. No hay gente, encontramos todo menos el pequeño comercio, incluso un anacrónico puente de Deusto que sigue con sus hojas levantadas a pesar de estar clausuradas. Es otra forma de ver la metrópoli,

¹¹ ORTIZ, Aitor, (prólogo de JUARISTI, Jon): *Caosmos*. Editado por el autor. Bilbao, 1997.

¹² GOMEZ PRIETA, Julia (texto), AZUMENDI, Gonzalo M., y YANIZ, Santiago (fotografías): *Bilbao*. Editorial Everest. León, 1998.

¹³ RUIZ de OLABUENAGA, J.I. (texto y coordinación): *Bilbao*. Edyfoat. S. L.. Bilbao 1998.

se manifiesta pulcra, con trazos modernistas, pero siempre, desde la frialdad que puede sugerir una maqueta.

La excepción que han dejado pasar las imágenes del Guggenheim al interior es *Bilbao Puente hacia el siglo XXI*. Sus tapas son rojas y en el centro destaca un círculo plateado que contiene las iniciales:BI. Se trata un diseño innovador que discurre hoja a hoja buscando concordia con el nuevo estilo que se impone en la Villa. Un vanguardismo del que no son ajenos los puntos de vista desde donde se han realizado las fotografías que conforman toda la esencia de su contenido¹⁴.

El trabajo, realizado por un equipo de doce personas, responde a un guión preconcebido que establece un recorrido gráfico donde los puentes que unen las márgenes de la Ria son el hilo conductor de la narración. Desde el barrio de la Peña hasta llegar al mar, doce puentes, a doble página, van dando título a cada uno de los epígrafes en que se divide el libro. Entre ellos las fotos se detienen en los detalles más significantes y descubren el entorno con mirada benévola. Enseñan la metamorfosis que oxigena la urbe y descubre a sus protagonistas bajo sus diferentes facetas.

Después del funcional puente de Miraflores, la rotativa de un periódico, un parque con niños, las calles estrechas y sus peatones ante los escaparates de las tiendas, se llega al de San Antón, emblema heráldico de la ciudad. El mítico Mikeldi en el jardín del Museo Arqueológico, el mercado en la Ribera, con su aroma de pescado y carne, nos deja en la pasarela del Conde Mirasol. Seguimos en la parte vieja. Los ensayos de la banda de música, terrazas y bares se entremezclan con el bullicio en la Plaza Nueva. Hemos dejado atrás el paso de La Merced y estamos en el puente del Arenal. Hacia un lado las estaciones de Abando, Santander; al otro el Teatro Arriaga por dentro y por fuera. La zona se convierte en recinto festivo decorado por sonrisas de bilbaínos. No faltan los toros ni los deportes autóctonos que se adelantan al fútbol.

Según se desciende por el cauce, otro abanico de cinco puentes fotografiados abrazan al resto de los distritos. El del Ayuntamiento abre el camino del ensanche. Edificios de cristal estrían los reflejos del alumbrado público, los accesos del metro o el casino preceden a la parábola de Calatrava, puente Zuria, que da paso a la vida nocturna y a la gastronomía. El hosco enlace de la Salve cambia de relieve cuando le envuelve el Museo Guggenheim cuyas salas enseñan explosivas creaciones. El contrapicado de las autovías voladoras recuerdan trazos de insólitas esculturas. El puente de Deusto nos acerca al

¹⁴ BILBAO FULLAONDO, J. (guión y dirección fotográfica), MIRANDA, J.A. (coordinación fotográfica), ORDOZGOITI, I. (diseño y maquetación), ORTIZ ALFAU, A. (introducción), FERNANDEZ de la SOTA, J. (textos), ALONSO, M., CORRAL, B., MIRANDA, J.A., NOCITO, J.L., ORTIZ, A., RAMIREZ, J.L., RUIZ de AZUA, A. y ZARRABEITIA, P. (Fotografías): Bilbao, puente hacia el siglo XXI. Ayuntamiento de Bilbao- Area de Cultura y Bilbao Ria 2000. Bilbao, 1998.

Museo de Bellas Artes donde los niños toman notas de los cuadros. El de Euskalduna, precedido del Palacio de Música y Congresos del mismo nombre, da paso a irreconocibles imágenes de los nuevos ingenios tecnológicos.

La mole de Rontegi nos recuerda que es el más grande y nos sitúa en el mundo del trabajo, del esfuerzo y la Universidad. Finalmente, el puente de Vizcaya, el actual colgante, abre el territorio de la marina mercante, la vela y la pesca. Pero, antes de que la ría se pierda en el Cantábrico nos deja en la retina el recuerdo de las olas, las playas y el sosiego del viaje. El resultado es un conjunto de imágenes donde se entremezclan con armonía diferentes estilos que en su relato han creado la panorámica de una ciudad dinámica, trabajadora, abierta y esencialmente moderna.

Por su parte, los números especiales de las revistas *Geo* y *Península*, ofrecen detallados reportajes gráficos cargados de actualidad que ensalzan en su forma y contenido todo lo que muestran. Son trabajos en profundidad realizados por profesionales del fotoperiodismo cuyo incuestionable prestigio no deja escapar detalle. Son verdaderos reclamos turísticos para los viajeros, cimentados sobre la base de lo que denominan “El impacto Guggenheim”, para lo que califican con firmeza y generosidad: “Bilbao en vanguardia” o “Bilbao aires de futuro” y así lo dejan patente, sin fisura alguna, con toda su exquisitez fotográfica¹⁵.

Concluyendo el panorama

Desde su inicio, el proceso de reproducción icónica de la villa de Bilbao al que hemos hecho referencia ha atravesado tres etapas diferentes de mirar. La primera, desde el siglo XIX hasta mediado el XX, se manifestó por unas imágenes bucólicas realizadas por grandes rasgos de misticismo pictorialista. El dominante blanco y negro, con su intensa carga expresiva, se vio envuelto por una carga nostálgica que perduró incluso con la llegada de una austera aproximación al documentalismo, crédulo de ser sustituto de la realidad, referencia imaginada de estructuras y hechos complejos.

La segunda, una vez sacudida la miseria cultural que fue secuela del prolongado binomio guerra-posguerra civil, arranca con un talante maniqueo que reproduce esquemas éticos y políticos muy agudizados. Irrumpe en un momento en el que se generaliza el uso de las técnicas del color, algo que por su novedad se convierte en una de sus características más resaltadas. Con su colaboración, se representa el cromatismo de una ciudad imbuida en el contexto de una poderosa industria naval y siderúrgica que domina en todas las apreciaciones icónicas, lo mismo que en otros ordenes del desarrollo socio-

¹⁵ Revista *Geo* (Nº. Especial), Febrero 1998. y Revista *Península*, Septiembre 1998.

económico que se está produciendo. Fotografía y vida, una dualidad que en su grandiosidad plástica no puede ocultar un río marrón, a veces negro, que pone de manifiesto el deterioro ambiental que viene sufriendo la arteria fluvial bilbaína.

La que podemos considerar tercera fase rompe con las normas establecidas y penetra en una deconstrucción del pasado. Es todo un nuevo planteamiento en los temas y en las tomas. Nuevas cámaras y una gran variedad de objetivos intercambiables prestan una colaboración inestimable a originales ocurrencias. Sin duda, una aguda transformación del tejido productivo, la llegada de tecnologías avanzadas y el empuje del sector servicios, envuelto todo ello por un marco de libre expresión democrática, propicia la aparición de otros puntos de vista gráficos. Es una manera de hacer relacionada más directamente con las sensaciones anímicas que provoca la coyuntura recién nacida. Con todo, no se pierde la referencia descriptiva del entorno, siempre desde la perspectiva de una sintaxis de la imagen más elaborada que no hecha en saco roto las lecciones del pasado, un aprendizaje inspirado en las raíces de la memoria. Se depuran estilos y se abren las puertas a lo que podría denominarse fotografía de autor. Una amalgama de criterios renovados interviene en cascada sobre desarrollo del saber fotográfico y, de una forma imparable, se expanden con energía y personalidad propia, para enseñar un Bilbao que ya no se conforma con ser el “bocho”. Ciudad viva que no pone límite a sus fronteras icónicas. Una metrópoli cuya imagen viene sellada por nuevas corrientes de expresión creativa, garantía para un recorrido más universal.